



Investigaciones Socio Históricas Regionales
Unidad Ejecutora en Red – CONICET
Publicación cuatrimestral
Año 3, Número 7, 2013

BORTOLOTTI, Mariana (CLIHOS-UNR/CONICET)

Reseña

CARASSAI, Sebastián, *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, Siglo XXI editores, Buenos Aires, 2013, ISBN 978-987-629-348-8, pp. 329.

Frente a una (relativa) abundancia bibliográfica sobre ciertas zonas de los años sesenta y setenta de nuestro pasado reciente, puntualmente las concernientes a los actores de la escena política –las dirigencias políticas, sindicales, partidarios o eclesiales, las juventudes politizadas, las organizaciones político-militares de izquierda, las fuerzas armadas y de seguridad y, en menor medida, las organizaciones de la derecha peronista–, *Los años setenta de la gente común* constituye un sugerente intento de recuperar las vivencias, las actitudes y memorias de aquellos y aquellas que se mantuvieron en el “segundo plano” de la historia. Ciertamente, este ensayo centra su mirada en la *gente común*, en quienes transitaron esos años en “un segundo plano, menos protagónico pero que sin embargo influyó y al mismo tiempo sufrió la influencia del rumbo que tomaron los acontecimientos”.

Entre una “infinitud de gestas anónimas”, el libro se centra en una porción de los sectores medios “no involucrados” en forma directa con la lucha política durante los años setenta. Su autor, el sociólogo Sebastián Carassai, se interesa por recuperar cómo estos sujetos interpretaron en el pasado y como construyen su recuerdo en el presente acerca de *la política y la violencia*, pensadas ambas como dimensiones claves para la comprensión del período.

Desde una matriz bourdieuana, el autor entiende –homologando de hecho el término *gente común* a *clase media*– a las “clases medias” como un constructo teórico basado en la presencia de “diferencias y diferenciaciones que a su vez se expresan en disposiciones o *habitus* igualmente diversos”. Determinadas posiciones sociales favorecen unas prácticas antes que otras, unos consumos frente a otros, una visión del mundo sobre otra. Estas diferenciaciones resultan *distintivas* de determinados sectores sociales, pudiendo establecerse a partir de estas la existencia en “estado virtual” de clases medias. Si bien se reconoce la complejidad aunada bajo esta categoría, respecto al capital económico y cultural, la edad, la pertenencia gremial y la zona geográfica que habitan, datos censales le permiten inferir que durante el período analizado estos sectores

Recibido con pedido de publicación 01/11/2013
Aceptado para publicación 25/11/2013
Versión definitiva recibida 09/12/2013

presentan un grado mayor de homogeneidad respecto a las dos décadas precedentes y a la siguiente.

Ante la complejidad del objeto en análisis, Carassai elige delimitar el universo a indagar y, siguiendo criterios socioeconómicos y geográficos que dividen al país en tres áreas diferenciadas –las regiones Metropolitana y Patagónica, las regiones Pampeana, Comahue, Cuyo y Centro; y aquellas del noreste–, se seleccionó una localidad de cada una. Atendiendo asimismo a la densidad poblacional y a la efectiva presencia de sectores medios, se consideran las ciudades de Buenos Aires y San Miguel de Tucumán y el pueblo de Correa, provincia de Santa Fe.

Por otro lado, las fuentes documentales para el abordaje propuesto son múltiples: las memorias de los sectores medios son objeto de análisis mediante la construcción de testimonios orales (un total de doscientas entrevistas), junto con un heterogéneo conjunto de fuentes escritas y gráficas que contemplan desde encuestas y estadísticas elaboradas durante los años setenta y la prensa escrita, hasta el humor gráfico y las publicidades.

Establecidos los parámetros conceptuales y metodológicos, el libro avanza en su primer capítulo, como su título lo indica, hacia “La cultura política” de las clases medias. Diferenciándose de quienes sostienen la tesis de la existencia de un giro a la izquierda en lo ideológico y hacia el peronismo en lo político protagonizado por las clases medias a comienzos de la década de 1970, Carassai ensaya una hipótesis en contrario. A pesar de que la fortaleza del sentir antiperonista se fuera debilitando tras el golpe de estado de 1955, el autor sostiene que la mayor parte de las clases medias se sostuvo “no peronista” en las siguientes dos décadas. Sólo un segmento menor dentro de las juventudes de clase media, en gran parte estudiantes universitarios (“una minoría social”), se inclinaron por la militancia política y por el peronismo entre otras identidades políticas vigentes en la década.

Avanzando en este capítulo inaugural, el análisis se centra en las actitudes asumidas por los entrevistados, representantes de las clases medias, frente a la llegada de un nuevo gobierno peronista en 1973 y su posterior clausura por un nuevo golpe. El ensimismamiento, la ironía y el cinismo aparecen como las formas discursivas predominantes para expresar las actitudes de resignación y/o desertión de estos sectores entre 1973 (resignación frente a un nuevo triunfo electoral del peronismo) y 1976 (un golpe recibido “con la indiferencia de lo inevitable”).

Los siguientes cuatro capítulos abordan sucesivamente las actitudes, ideas y memorias de los sectores medios respecto a las distintas dimensiones que la violencia adoptó en el pasado bajo estudio: “La violencia social (1969-1974)”, “La violencia armada (1970-1977)”, “La violencia estatal (1974-1982)”, “Deseo y violencia (1969-1975)”.

En “La violencia social...” se aborda, por un lado, el modo en que la prensa relataba los hechos de protesta social, especialmente los vinculados al movimiento estudiantil universitario y los operativos de represión, el Cordobazo y los Rosariazos. Por otro lado, los testimonios recogidos le permiten establecer al autor una diferenciación al interior del segmento social en estudio, entre aquellos que fueron estudiantes universitarios en los años setenta y quiénes no. Aquellos que fueron estudiantes universitarios tienden a elaborar relatos más detallados y ajustados a lo acontecido en cuanto a las protestas sociales que involucraron al sector (aún cuando ellos no participaran en

política). Asimismo este segmento de entrevistas permiten inferir que, a pesar de la creciente homologación que algunos sectores de la opinión pública establecían entre estudiantes universitarios y guerrilleros, “la solidaridad estudiantil prevaleció por sobre las diferencias”. Por el contrario, en el mundo “extra universitario” de clase media, la simpatía y solidaridad inicial – despertada fundamentalmente por los episodios de violenta represión sufridos por el movimiento estudiantil–, dio paso a la cautela, la censura y el rechazo de la acción política en el ámbito universitario.

En “La violencia armada (1970-1977)” se analizan el modo en que los sectores medios no politizados procesaron la creciente “violencia política”. Para esto el autor aborda algunos estudios de opinión elaborados en la época, que permanecían sin analizar hasta el presente, y que permiten poner en cuestión la tesis del apoyo inicial brindado a la guerrilla por gran parte de la población. Por otro lado, el autor vuelve al plano de los medios de comunicación, en este caso para dar cuenta de cómo estos representaban el tópico guerrilla en un producto de la industria cultural dirigido a la clase media: la telenovela *Rolando Rivas, taxista* (1972-1973).

El capítulo se cierra con un abordaje de los relatos recogidos contrastados por zona geográfica y en relación a los registros documentales existentes. De dichas memorias surge que los fenómenos de “violencia armada” resultan ser huellas más firmes en el campo del recuerdo que aquellos acontecimientos de violencia social mencionados en el capítulo precedente. Se vislumbran, a su vez, correspondencias argumentales entre los relatos recogidos y el discurso de la prensa escrita y televisiva de la época en la valoración negativa del accionar de las organizaciones guerrilleras y definen la situación que se vivía en términos de “guerra”, “guerra sucia” o “guerra civil” donde se enfrentaban dos actores bien definidos: fuerzas militares y guerrilla y “la mayoría de la sociedad quedaba ubicada al margen de esa violencia”. Esta impugnación sería elaborada desde razonamientos o juicios de índole moral antes que políticos o ideológicos: “Reconociendo en ocasiones ideales nobles detrás de la opción armada, existe cierto consenso dentro de este sector social acerca de que se trató de una ‘guerrilla de llenos y no de hambreados’, una ‘revolución de la clase alta’, un movimiento de ‘chicos bien’ y no popular”.

Esta última idea sería el sustrato sobre el que creció posteriormente, una vez recuperada la democracia, una interpretación que postula que esos jóvenes “aventureros” o “perejiles” fueron víctimas de maniobras manipuladoras por parte de la dirigencia de sus organizaciones, quienes serían los responsables de la muerte de sus propios militantes.

En el capítulo siguiente se avanza en torno a los comportamientos ante “La violencia estatal (1974-1982)” dando cuenta de los elementos de continuidad en el pre y pos golpe de estado de 1976. El ascenso de la violencia estatal y paraestatal (triple A) desde 1974, la extendida práctica de la tortura como procedimiento policiaco son los puntos de contacto con la dictadura inaugurada en el '76, en tanto ambas fueron formas de terrorismo estatal. Es este antecedente el que permite a Carassai explicar las actitudes de las clases medias sin militancia política que “no lamentaron la caída de Isabel Perón, cuyo destino miraban desde hacia tiempo con indiferencia, y recibieron con alivio la llegada de los militares de 1976”. Recurriendo a la psicología social, el autor entiende esta actitud en términos de “mecanismos de anclaje” en tanto “inserción de la novedad en un marco de referencias preexistentes, sabido y

familiar, que amortigua el impacto de la situación creada por un acontecimiento nuevo". El nuevo golpe habría "anclado" en el conjunto de antecedentes históricos cercanos (Levingston el 22 de marzo de 1971 y Onganía el 18 de junio de 1970) y similares (el derrocamiento de Illia el 28 de junio de 1966, el de Perón el 16 de septiembre de 1955). Cuando sucede el golpe del 24 de marzo de 1976, "los militares contaban ya con un hecho social fundamental, sin el cual falla cualquier comprensión acerca de la actitud de la sociedad civil frente al nuevo gobierno militar: la violencia, como amenaza y como hecho, formaban ya parte estructural de la percepción de la realidad política argentina".

Frente a las interpretaciones que asumen el comportamiento de la sociedad en general y sus sectores medios en particular como cómplice o predispuesto a ignorar lo que sucedía bajo el último régimen militar, este ensayo propone una lectura alternativa que da cuenta del porqué de la permanencia hasta la actualidad de las formas excusadoras "algo habrá hecho" y "por algo será". El autor entiende esta pervivencia como síntoma de la existencia de una "superstición civil": "la creencia en algo de lo que no se tienen pruebas, o incluso hasta puede tenerse pruebas en contrario, pero cuya razón de ser no está dada por la verdad". Esa creencia cobra materialidad en la práctica social efectiva, "sostiene la fantasía que regula la realidad social." Así, esta creencia se habría conformado en torno a la idea de que el estado es el depositario de una racionalidad propia, última, desconocida e inalcanzable: "El estado hace lo que hace por algo, su violencia debe tener una razón". Esta atribución de saber en el estado es lo que estaría detrás de las máximas mencionadas, es decir, se relacionarían primero con las actividades de los agentes de la ley, en segunda instancia, con las personas sobre las que se accionaba: "más que contra las víctimas, la superstición civil presente en aquellas máximas estaba del lado de la necesidad del estado."

Al ahondar en algunos fragmentos de los relatos reunidos se reitera un cambio de registro discursivo, de un registro personal a uno impersonal, que permite reflexionar acerca de la cuestión de la responsabilidad en la historia. Cuando las preguntas recorrían el período del terrorismo de estado de 1976 a 1983, las respuestas asumían un modo impersonal donde "el relato descansa en un sujeto indefinido", del "yo" al "uno", del "yo pensaba/yo decía/yo quería" al "se pensaba/se decía/se quería". El autor nos deja abiertos ciertos interrogantes: "la imposibilidad del 'yo' de asumir su responsabilidad en la historia en primera persona, ¿hasta qué punto esconde una conciencia culpable?, ¿hasta qué punto no es consecuencia de que el relato hegemónico sobre el pasado impugna en Argentina, (...), cualquier justificación en primera persona de la represión estatal?"

El libro se cierra con un último capítulo dedicado a "Deseo y violencia (1969-1975)" en el cual se abordan algunas representaciones de la violencia en el plano simbólico. Con el objetivo de contribuir a la comprensión del comportamiento de los sectores medios en el período posterior inaugurado por el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, el autor explora lo que llama "humor social" previo, a partir de diversos "artefactos culturales" de consumo masivo –revistas de análisis político, de deportes, de moda e interés general y algunos de los principales diarios de mayor lectura en las localidades bajo estudio–. Los discursos presentes en el mencionado repertorio de fuentes son examinados bajo el supuesto de que "el barro del que estuvieron hechos

algunos mensajes y la forma que asumieron” son “menos la causa que lo causado por una comunidad de creencias, ideas y valores compartidos”.

Con una atención especial en las publicidades, justificada entre otras razones por el hecho de que éstas absorbieron a la violencia como tema y lenguaje de venta, el capítulo desarrolla la hipótesis de que la aparición y difusión de determinadas construcciones simbólicas encarnadas en productos de consumo masivo responde a “valores y creencias que excedían a los protagonistas del negocio, ruedas de molino que mediatizaban el deseo social a él se dirigían y de él se nutrían”.

Tras rastrear también las tematizaciones de la violencia como fantasía –usos de la violencia metafórica para enfatizar la sensualidad y poder de seducción de la mujer– y como sátira –a partir de su uso en el humor gráfico–, Carassai concluye que “la violencia se había vuelto banal”. De allí que pudiera apelarse a ella para campañas publicitarias –que ofrecían desde ropa y autos hasta juguetes infantiles–, humor gráfico o análisis periodísticos. Finalmente, la extensión de esta naturalización de la violencia en la primera parte de los setentas ayudaría a comprender, siguiendo al autor, “cómo fue posible” luego que “una sociedad haya aceptado convivir con la certeza de que decenas de personas no estaban en sus casas y nadie sabía de ellas”.

Los años setenta de la gente común... constituye un polémico y estimulante ensayo que en la búsqueda de iluminar zonas aún apenas exploradas de nuestra historia reciente tropieza con la tentación de atribuir generalidad a conclusiones parciales, basadas en un repertorio de memorias seleccionadas sobre un universo demasiado numeroso y heterogéneo en sus características –aquel mismo equívoco que se atribuye en sus páginas a quienes postulan la adhesión de parte importante de las clases medias a las posturas de la izquierda revolucionaria o de la izquierda peronista–. Por esto mismo, el recorrer las páginas de este libro nos apremia a continuar reflexionando acerca de *los pasados que no pasan*, a la vez que nos señala los vacíos de conocimiento que aún persisten y nos convoca a continuar la tarea.

